

ROL DEL INTELLECTUAL EN TIEMPOS DE CRISIS

ROLE OF THE INTELLECTUAL IN TIMES OF CRISIS

Ponencia presentada en el 2do. Encuentro Plurinacional de Intelectuales del Estado Plurinacional “Pensando desde nuestras raíces para una política para la vida”

PhD. Mario Galindo Soza¹

Presentado: 10 de Octubre de 2024, Aceptado: 15 de Noviembre de 2024

RESÚMEN

Este texto se inicia con una revisión de los roles que han asumido los intelectuales, en diversas épocas de la historia. Se revisa el rol de los intelectuales en el período de la revolución rusa, de las entreguerras mundiales, y del periodo post II guerra mundial, hasta nuestros días. Se hace énfasis en los intelectuales relacionados en América latina a la revolución cubana.

Los debates sostenidos en ese periodo de los años 60's a los 80's, hasta la construcción de las democracias fue crucial. Luego se hace un recuento de los intelectuales bolivianos en periodos clave de la historia nacional: la revolución de 1952 o la recuperación de la democracia en 1982, pasando por los períodos de las crisis de 1971 o 2005; por ejemplo. Se concluye con una tipología de intelectuales y una recomendación sobre los roles que los intelectuales deben asumir en tiempos de crisis.

ABSTRACT

This text begins with a review of the roles that intellectuals have assumed at different times in history. The role of intellectuals in the period of the Russian Revolution, the interworld wars, and the post-World War II period, up to the present day, is reviewed. Emphasis is placed on the intellectuals related in Latin America to the Cuban revolution.

The debates held in that period from the 60's to the 80's, until the construction of democracies was crucial. Then a recount of Bolivian intellectuals in key periods of national history is made: the revolution of 1952 or the recovery of democracy in 1982, passing through the periods of the crises of 1971 or 2005; for example. It concludes with a typology of intellectuals and a recommendation on the roles that intellectuals should assume in times of crisis.

PALABRAS CLAVE

Intelectuales, crisis, debates, tipología de intelectuales, enfoques del rol de los intelectuales.

¹ Ponencia presentada en el 2do. Encuentro plurinacional de intelectuales del Estado Plurinacional “Pensando desde nuestras raíces para una política para la vida”

1. INTRODUCCIÓN

Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales. Antonio Gramsci

Durante la década de 1960, América Latina vivió un período de gran creatividad intelectual. La búsqueda de desarrollo, las contradicciones del modelo vigente, la presión de diferentes actores sociales y el impacto de la Revolución cubana, contribuyeron a lo que Eduardo Devés (Devés Valdes, 2000-2003) describe como un ambiente y una sensibilidad particular. Este contexto colocó a los intelectuales en una posición central, conectándolos con proyectos sociales amplios, no solo a través de opiniones informadas, discursos eruditos o estudios científicos, sino también mediante su afiliación a ideología.

La politización de los intelectuales y su postura frente a proyectos excluyentes renovaron un debate que ya existía a finales del siglo XIX, relacionado con el caso Dreyfus en Francia (Traverso, 2023): la definición de qué es un intelectual y cuál es su función en la sociedad. Estudiar a los intelectuales y su actuación en los años sesenta requiere que definamos claramente esta categoría. Resumiendo, las definiciones disponibles, podemos decir que los intelectuales forman parte de la élite intelectual de un país o región; son individuos que, desde ámbitos científicos, humanistas y artísticos, se relacionan con la realidad política y social. En este sentido, los intelectuales interpretan la realidad y su función consiste en dar un orden simbólico a las cosas. Suelen abogar por valores universales y, como “defensores y transmisores de conocimiento”, buscan guiar la conducta de la sociedad calculando en ciertos principios y valores culturales, estableciendo así objetivos y límite.

Los intelectuales interpretan la realidad y su trabajo consiste en dar un orden simbólico a los fenómenos. Suelen representar valores universales y, como “defensores y transmisores de conocimiento”, tienen la misión de guiar el comportamiento de la sociedad calculando en ciertas pautas culturales y estableciendo objetos.

Aunque el concepto original se refiere a quienes, desde un conocimiento y valores universales, participantes en la opinión pública y en la transformación social, la evolución de las dinámicas sociales y la profesionalización de los saberes han llevado a nuevas definiciones más centradas en sus funciones específicas. Al abordar los criterios para definir a los intelectuales, Alburquerque indica que “se han seguido dos vías fundamentales: la social y la política. La primera considera al intelectual como un estamento profesional o administrativo, interesado en su posible constitución como cuerpo social; la segunda lo ve como la élite pensante de la sociedad, analizando sus relaciones.

Aquellos que han intentado definir la intelectualidad desde un enfoque profesional o técnico-administrativo han enfrentado, en las últimas décadas, el reto de establecer límites claros sobre quién se considera un intelectual. José Joaquín Brunner (Brunner & Fisfisch, 2011) sostiene que esta categoría incluye especialistas en administración pública, economía y gestión, así como analistas políticos, futurólogos, planificadores, profesores universitarios, periodistas y empleados de

medios de comunicación masiva. Esta definición, centrada en lo profesional, está relacionada con lo que los historiadores denominan la “muerte del intelectual”, refiriéndose a la disminución del papel de los antiguos mediadores entre el poder y la ciudadanía, quienes han quedado rezagados.

Pablo Ponza (Ponza, *Intelectuales y violencia política* (1955-1973), 2010), en su obra *Intelectuales y violencia política*, distingue el carácter de los intelectuales en distintos momentos históricos, distinguiendo el posicionamiento de estos como expertos en distintas disciplinas y la cientifización de su labor. Desde la década de 1930 en América Latina, y específicamente en Argentina, asistimos a la instalación de estos expertos en instituciones científicas e institutos de estudios que alcanzaron una amplia legitimación. Ello permitió el reconocimiento de sus saberes como experticias que aportan al ejercicio del poder, lo cual los constituyó como asesores de los gobiernos.

De manera más amplia, otros autores han abordado a un grupo de trabajadores en los países, vinculados a la administración y al desarrollo científico-tecnológico, es decir, aquellos que se dedican a concebir el desarrollo nacional. Esto define a los intelectuales como una intelectualidad comprometida con el proyecto nacional, pero también los separa de la idea de ser críticos de la realidad. En cambio, se les ve como sujetos que, a través de la creación—ya sea artística, científica o técnica—sustentan el desarrollo social. Esta concepción de la intelectualidad llevó a que, en los países socialistas, la adhesión o no de la intelectualidad a dicho proyecto se convierta en teoría.

Existen numerosos estudios desde la historia, la sociología y la ciencia política que exploran el concepto de intelectual. Basándonos en las contribuciones de diversos autores, hemos llegado a una definición de esta categoría para su aplicación en este análisis. Esta definición se ha desarrollado teniendo en cuenta la naturaleza de la actividad intelectual, su función, la relación con el poder y su conexión con los distintos.

Ponza (Ponza, *Intelectuales y violencia política* (1955-1973), 2010), en el estudio mencionado, propone una definición que no presenta a esta figura atrapada por la disciplina y que resalta los aspectos de comunicación y relación de su creación. Señala que “un intelectual es aquel individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones a un auditorio de manera regular. Es un agente social con un capital simbólico reconocible, intereses específicos en juego y pretensiones de verdad en la esfera político-cultural donde se halla inserto”.

Resaltando los mismos elementos —experticia disciplinaria y comunicación con la sociedad—, Alburquerque define al intelectual como “aquel individuo perteneciente al ámbito de la ciencia, del arte, del pensamiento o de la cultura que se dedica a pensar, comprender y explicar la sociedad en que vive, debiendo transmitir el resultado de su reflexión a un público determinado”. En su estudio sobre los intelectuales latinoamericanos en los años sesenta, reconoce al intelectual como un “sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita

para dialogar con otros entes también en posesión de poderes determinados”. Bajo este argumento, los intelectuales serían los excepcionales poseedores del poder de mediar entre los saberes científicos y la población, entre el poder político y la base.

Albuquerque (Albuquerque, 2011) amplía esta definición al analizar la adhesión de los intelectuales a ciertos principios. Según él, las dimensiones éticas, valorativas y espontáneas son fundamentales para entender sus comportamientos. El intelectual adopta una postura frente a la realidad y, aunque sus argumentos son subjetivos, ya que provienen de sus valores e ideologías, el reconocimiento de su conocimiento, experticia y científicidad les otorga un grado de objetividad. Esto permite que sus valoraciones sean consideradas verdaderas y que otorguen legitimidad a diversos proyectos políticos.

Los intelectuales de la década de 1960 asumieron la responsabilidad de abordar las problemáticas sociales y participar en el debate sobre el camino hacia el desarrollo que debía seguir América Latina. Se posicionaron y analizaron la realidad a partir de los marcos teóricos que consideraron capaces de ofrecer respuestas a las preguntas sobre la situación del continente. Aplicaron el metarrelato del marxismo en un contexto local, enriqueciendo este enfoque al convertirlo en una interpretación no solo del presente y el pasado, sino también en una propuesta para el futuro. En lugar de observar la realidad desde la distancia que les proporcionaba su experticia y capacidad crítica, los intelectuales de esa época reconocieron que formaban parte del problema, y no solo observadores de éste.

Así, los intelectuales de esa época se encontraron en una tensión entre sus pertenencias al ámbito del conocimiento y su responsabilidad de responder a su clase social. Este enfoque complica la definición de Albuquerque (Albuquerque, 2011), quien, al considerar a los intelectuales en términos colectivos, afirma que “son individuos de profesiones diversas que comparten una misión común, un espíritu de cuerpo y, en ocasiones, una conciencia de clase”. La identificación de los intelectuales con una clase implica que se vean a sí mismos como parte de esa clase.

A partir de esta definición del ser intelectual como pensador de la realidad, creador de discursos y legitimador de proyectos, surge la interrogante sobre el rol de los intelectuales en América Latina durante el período analizado. Aunque es evidente que el trabajo del intelectual debe estar conectado con lo público, la denuncia y la postura política, ¿dónde se establece el límite en esa relación con lo público? ¿Es la conexión con la política y el poder una parte esencial de la función del intelectual?

La pregunta es relevante al reconocer que los intelectuales latinoamericanos han mantenido una relación con el poder, ya sea como colaboradores o críticos, desde la fundación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que los posicionó como pensadores del desarrollo en la región y, en consecuencia, como aliados del Estado nacional. Esta colaboración, con el tiempo, llevó a una postura crítica frente al modelo ya un cambio en la dinámica con el poder, pasando de colaborar a oponerse. Sin embargo, en ambos escenarios, su influencia no se limitó a expresar opiniones o dar lecciones a la sociedad, sino que se concretó en su papel como actores políticos directos, primero como funcionarios de la CEPAL y luego como militante.

Esta realidad histórica nos permite retomar el concepto de Albuquerque (Albuquerque, 2011), que señala que cuando los intelectuales se alinean con el poder político, puede surgir rápidamente una situación en la que el compromiso con la verdad y la razón se ve influenciado por intereses políticos. En este contexto, el discurso sobre la libertad frente a la autoridad podría verse modificado o incluso reemplazado por imperativos políticos. ¿Es razonable afirmar que la función de los intelectuales es la búsqueda de la verdad, y que esta tarea se compromete cuando asumen roles políticos dentro de sus sociedades? Consideramos que esta afirmación es atemporal y defendemos una definición histórica del carácter y función del intelectual. Desde esta óptica, el intelectual de los años cincuenta, que era un experto al servicio del proyecto nacional, pudo transformarse en un militante revolucionario en las décadas de los sesenta y setenta, reflejando cómo su función, al igual que la realidad, se construyó a lo largo de la historia misma.

Los estudios históricos que analizan la relación entre intelectuales y política han buscado aclarar esta tensión. A través de su postura ante diversos acontecimientos y su vínculo con los partidos, se han podido establecer clasificaciones sobre la acción de este grupo. Por ejemplo, Enzo Traverso (Traverso, 2023), en su estudio sobre la reacción de los intelectuales frente a Auschwitz en Europa y América del Norte, identifica cuatro grupos principales: los colaboracionistas, los supervivientes, los cegados y un pequeño número de denunciantes. Así, dentro de un amplio espectro, es posible clasificar a los intelectos.

De manera similar, los compromisos militantes permiten establecer subcategorías. El vínculo de los intelectuales con el comunismo ha sido objeto de numerosos estudios por parte de Annie Krieguel (Krieguel, 1964), quien ha formulado distinciones que separan la adhesión política, existencial e ideológica. “Aunque muchos intelectuales han estado involucrados en la aventura comunista desde dentro, también hay muchos que, a pesar de identificarse con su política y respaldar sus posturas, se han mantenido al margen del partido; estos son los conocidos ‘compañeros de viaje’.” Así, podemos concluir que la relación entre intelectuales y partidos no se limita a la militancia, sino que abarca una variedad de posibilidades, que van desde la simpatía y la adhesión a principios, hasta ser “compañeros de viaje” o estar vinculados estructuralmente con la organización con la consiguiente asignación de tareas dentro de la organización.

Es fundamental establecer algunas precisiones sobre la definición amplia de intelectual para marcar mejor nuestro objeto de estudio. En este sentido, la perspectiva de Antonio Gramsci (Gramsci, 1960) sobre la relación de los intelectuales con la política, los partidos y el Estado resulta relevante y central. Según el marxista italiano, los intelectuales son “empleados del grupo dominante para el ejercicio de funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político”. Esto resalta el vínculo entre intelectuales, clases sociales y ámbitos de poder, configurando así la figura del intelectual orgánico. Este concepto no se refiere necesariamente a la pertenencia del intelectual a una estructura orgánica, sino más bien a la adscripción y reproducción de una ideología específica.

La reflexión de Gramsci (Gramsci, Antología, 2013) ha llevado a otros a explorar las relaciones entre intelectuales y Estado, intelectuales y partidos, así

como intelectuales y clase obrera. Aunque existen estudios que han definido y conceptualizado estos vínculos, nuestra investigación no se adhiere a ninguna de estas definiciones existentes, ya que busca desarrollar una comprensión propia de estas relaciones en su contexto histórico.

2. EL INTELLECTUAL REVOLUCIONARIO VISTO POR LA IZQUIERDA EN EL SIGLO XXI: DEFINICIÓN, ROL Y LUCHAS

El enfrentamiento entre los proyectos de desarrollo en América Latina durante los años cincuenta hasta los setenta se manifestó en diversas dimensiones de la realidad y convocó a una variedad de actores, siendo los intelectuales uno de ellos. Lo interesante de este período de ruptura histórica es que estos sujetos sociales y políticos no solo fueron convocados al debate, sino que también se convirtieron en objeto de discusión. La caída del Muro de Berlín, junto con la nueva izquierda rescatasta del populismo y el fenómeno del neopopulismo, definen características del siglo XXI, complementándose con el socialismo del siglo XXI que se asocia.

Las discusiones entre los intelectuales, así como la polémica sobre su papel, fueron una dimensión clave en la lucha por dirigir el proceso de desarrollo en América Latina durante esa época. Siguiendo la tradición que los definen, los intelectuales latinoamericanos se involucraron activamente en la política contemporánea, estableciendo vínculos con el Estado y adoptando posturas en el debate y la confrontación por el poder. Este compromiso se dio tanto en sus países de origen como en los espacios políticos y académicos que los acogieron durante su exilio. Nadie cuestiona la relevancia de la Revolución Cubana en la profunda politización de América Latina. Los procesos de Nicaragua en los 70's y su reconducción en el siglo XXI devenida en un autocratismo poco revolucionario. La experiencia de Brasil y Lula en los inicios del siglo XXI, el peronismo que oscila entre un nacionalismo putrefacto y un seudo progresismo populista; el caso de la revolución ciudadana de Ecuador socavado por la corrupción de Correa y sus adláteres; el caso de Perú y los débiles intentos de izquierda de Humala y de Castillo; la izquierda democrática pactista chilena con Bachelet primero, Lagos como intelectual y el actual gobierno de Boric, más como movimiento generacional que ideológico. En medio de ello, las experiencias de gobiernos de izquierda en El Salvador, con Funes; Guatemala y Honduras, más esporádicos y la experiencia de un movimiento político más sólido con MORENA en México, con AMLO y Sheinbaum. En medio de ello Evo Morales y el MAS como una respuesta indígena y popular, más que de izquierda, con un neopopulismo nacionalista disfrazado de izquierda, como respuesta a la crisis de partidos que siendo de izquierda en su origen, traicionaron sus objetivos con sometimiento al neoliberalismo como el MIR. Sin embargo, ello no constituyó el germen de la vinculación de los intelectuales con la política, aunque sí el origen masivo de la reflexión y el cuestionamiento del carácter de esta relación.

La discusión sobre el intelectual se dio de manera transversal, sin hacer distinciones claras entre tipos de intelectuales, pero afectó más a los hombres de letras que a los científicos sociales. Esto se debió a que la relación entre la obra literaria y la política, así como los proyectos de transformación, era mucho menos evidente en los literatos. Por otro lado, los científicos sociales surgieron en estrecha relación

con la política, vinculándose al Estado e iniciativas de cambio. A lo largo de esta relación, radicalizaron sus posturas y se ubicaron en diferentes trincheras del debate y la acción, respondiendo a las exigencias de la realidad. Aunque su función social específica las posiciona en la abstracción —o en la superestructura—, también se convirtieron en actores tensionados y definidos por las luchas concretas.

Así, en la década de 1960, los científicos sociales se vieron presionados por una realidad abrumadora que exigía respuestas. Ni el modelo de desarrollo en curso ni las teorías disponibles logran abordar las necesidades del momento. El desafío consistía en superar el estructuralismo funcional al que se alineaban muchas ciencias sociales, especialmente las que surgieron de la CEPAL, así como el marxismo rígido y mecanicista que promovía la Unión Soviética. En este contexto, los intelectuales proclamaron la crisis de las ciencias sociales.

Para los intelectuales revolucionarios, aquellos que militaban en las organizaciones político-militares de la época, la tensión era aún más intensa. Experimentaban la revolución de manera doble, al intentar superar los esquemas teóricos que estructuraban su comprensión de la realidad y al mismo tiempo ofrecer respuestas políticas a una revolución ya en marcha, en la que no eran simples observadores o analistas, sino protagonistas activos. Desde esta perspectiva, los intelectuales militantes tuvieron que equilibrar sus roles como pensadores y expertos, reflexionando sobre los grandes procesos sociales pero orientándolos a la vez.

Esta doble tensión se manifestó de manera ejemplar en dos momentos y procesos nacionales distintos: Cuba, tras el triunfo de la guerrilla y hasta los años setenta, y Chile, durante el gobierno de la Unidad Popular. En ambos casos, el proceso fue interrumpido: en el primero, por la adopción del modelo soviético, impulsada, hay que decirlo, por la necesidad urgente de sostener política y económicamente la revolución; en el segundo, por el abrupto y violento quiebre que provocó la reacción conservadora a través del golpe militar de septiembre de 1973 en Chile.

En Cuba, la revolución dio origen a un movimiento intelectual que no solo celebraba el heroísmo de la lucha, sino que también reunía a los principales pensadores de la isla para reflexionar sobre el desarrollo de la revolución. Con el triunfo del ejército castrista, la nueva realidad que surgía se convirtió en un estímulo para los intelectuales cubanos, quienes experimentaron un presente histórico lleno de acontecimientos. Las relaciones interpersonales y la vida cotidiana se impregnaron de revolución; el futuro se volvió más expansivo y factible, transformándose en un proyecto concreto; y el pasado fue reapropiado, redescubierto o reformulado, estableciendo conexiones con el gran evento que se estaba desarrollando.

La primera manifestación de este interés por pensar y reflexionar desde la cultura los procesos cubanos la encontramos en la fundación de la Revista de la Casa de las Américas a solo cuatro meses del triunfo de la revolución. Si bien esta era una revista cultural y no tenía una orientación hacia las ciencias sociales, sí convocaba, por su impronta, a los pensadores sociales, entendidos estos como quienes reflexionaban desde sus distintas disciplinas o especificidades intelectuales y artísticas sobre la realidad latinoamericana. Apelaba especialmente a aquellos poetas, novelistas y escritores en general que superaban sus orientaciones

o intereses meramente y se hacían parte del objetivo de la revista de crear una comunidad latinoamericana vinculada con las necesidades históricas del continente.

En su primera etapa, la Revolución cubana adscribió al socialismo pero rechazó el realismo soviético. Para los intelectuales cubanos que fueron parte o herederos de una vanguardia artística y literaria elitista, restringida y subvalorada, la revolución se les presentaba como una oportunidad no solo en términos intelectuales sino como “la posibilidad real de cambiar la vida”.

Sin embargo, las acciones implementadas por el nuevo gobierno para promover la cultura—como la publicación y distribución masiva de libros—plantearon muchas dudas y escasas certezas sobre qué y cómo se debía escribir. Con la revolución, la literatura tenía la oportunidad de salir del ámbito elitista que la había caracterizado, pero surgía un inconveniente: en contextos revolucionarios, las diferencias estéticas podían interpretarse como diferencias políticas.

La oposición de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba a la implementación de la Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), el caso Padilla y la carta a Neruda a propósito de su visita a Estados Unidos daban cuenta de una intelectualidad cubana muy activa en un contexto de enfrentamiento político y simbólico a nivel mundial. La celebración del Congreso Cultural de la Habana y la fundación de la revista *Pensamiento Crítico* eran evidencias de la necesidad de diálogo de los intelectuales cubanos.

El florecimiento cultural en la isla tuvo como límite la burocratización y la censura que, desde 1971, se comenzó a aplicar sobre intelectuales y artistas que eran considerados poco revolucionarios o que no encajaban en los parámetros del socialismo definido por el Consejo Nacional de Cultura dirigido por Luis Pavón Tamayo. El Pavonato o Quinquenio Gris, como es calificado el periodo que va de 1971 a 1976, condenó a la muerte intelectual a varios escritores, pensadores sociales y artistas, matando con ello también la creación de la revolución. La visión antisoviética y antistalinista del intelectual revolucionario está en Trotsky (Trotsky, 2012).

Antes de 1971, uno de los aportes más significativos es el realizado por Ernesto Guevara. Su importancia radica en la originalidad de sus contribuciones y en la legitimidad que adquirió su pensamiento, lo que lo llevó a convertirse en un referente para la izquierda revolucionaria de su tiempo y para las generaciones sucesivas. Las reflexiones que realizó antes, durante y, sobre todo, después del triunfo de la guerrilla en Cuba lo instalaron, según Kohan (Kohan, 2005) y Massardo (Massardo, 1998), como un exponente latinoamericano de la filosofía de la praxis.

Guevara no solo participó y lideró la revolución en Cuba, sino que también reflexionó y desarrolló teorías sobre ella desde una perspectiva marxista, creando un conjunto de ideas e interpretaciones que otros intelectuales y revolucionarios de América Latina también analizaron. Su capacidad para interpretar y teorizar sobre la realidad mientras la vivía le permitió incorporar categorías marxistas desde un enfoque humanista e historicista, desafiando así la utilización del materialismo dialéctico como un dogma.

En el plano latinoamericano, el pensamiento de Guevara se puede situar en la línea de la creación de Mariátegui (Mariátegui, 2021) y “si bien no existen referencias a Mariátegui en los escritos del Che, su figura, aun heterodoxa para el marxismo oficial, ha debido ser aludida en sus conversaciones con el doctor Pesce (Pesce & et.al., 2013), militante comunista que conoce en Lima durante uno de sus viajes por América Latina y con el que tiene largas conversaciones y a quien llama “maestro”.

La revolución latinoamericanista y la lucha armada fueron dos aspectos de la reflexión del argentino que se opusieron a las políticas de coexistencia pacífica y socialismo en un solo país promovidas por la Unión Soviética. En este contexto, sus aportes incluyeron reflexiones sobre la estrategia y el concepto de liberación, temas que también exploraron otros intelectuales de la época. Según Eduardo Devés (Devés Valdés, 2007), tanto Guevara como Castro no desarrollaron un concepto de liberación muy elaborado, pero sus textos sugieren que consideran la guerra como la estrategia para liberar a Latinoamérica de un opresor externo y para construir una nueva realidad en la que las generaciones futuras puedan vivir en libertad. En otras palabras, la guerra revolucionaria tenía como objetivo liberar a los latinoamericanos no solo del imperialismo, sino también de su propia alienación.

En el plano de las subjetividades y la cultura, para Guevara estas no eran meros reflejos de la estructura o de la producción material, sino que, al igual que Gramsci (Gramsci, Antología, 2013) y los teóricos del marxismo occidental, les otorgó una importancia radical y las convirtió, de hecho, en la esencia de su filosofía sobre el hombre nuevo. En su intento de elaborar una concepción sobre el hombre revolucionario, Guevara reflexionó sobre “una nueva cultura, nuevos valores, una nueva hegemonía y, en definitiva, una nueva subjetividad histórica”.

Las categorías de conciencia y voluntad en la reflexión filosófica del Che convierten a los hombres en protagonistas y creadores de la realidad. Son ellos quienes hacen la historia, y al hacerlo, se vuelven conscientes de su entorno, lo que a su vez impulsa su voluntad para generar la revolución. Así, los hombres no son solo receptores de la historia, sino que se convierten en sujetos activos. Según Kohan (Kohan, 2005), el pensamiento de Ernesto Guevara se integra en una doble tradición: por un lado, la latinoamericanista y humanista de figuras como Roca, Mariátegui y Ponce, y por otro, la corriente historicista y humanista del marxismo europeo.

Respecto del abordaje teórico, Pensamiento Crítico expuso y discutió con las distintas líneas del marxismo que se iban desarrollando en el mundo. Reprodujo los textos de Althusser y, en general, los del marxismo occidental, aunque muchas de sus discusiones y teorías eran reflexiones que no estaban relacionadas con la urgencia de la construcción revolucionaria, es decir, no todo lo que se publicaba en la revista era de “uso inmediato”. En su artículo “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en la Revolución cubana”, Néstor Kohan plantea que provienen del marxismo occidental europeo y norteamericano, los principales autores publicados en Pensamiento Crítico fueron Karl Korsch, György Lukács, Perry Anderson, J.-P. Sartre, André Gunder Frank, James Petras, Eric Hobsbawm, Henri Lefebvre, Martin Nicolaus, Louis Althusser, Ernest Mandel, Nicos Poulantzas,

Lucien Sebag, Theodor W. Adorno, Cesare Luporini, Paul Sweezy, Harry Magdoff, Michael Löwy, Herbert Marcuse, Roland Barthes, Lucio Magri, Hamza Alavi, Lucio Colletti, Maurice Godelier, André Gorz, entre otros.

La mayor pléyade de intelectuales latinoamericanos surgió institucionalmente no partidariamente a fines del siglo XX. La CEPAL desde su primer creador el argentino Raúl Prebisch, pasando por los brasileños Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, el argentino Enzo Faletto, el chileno Oswaldo Sunkel y Pedro Paz y el neoestructuralismo. Los posteriores marxistas Theotonio Dos santos y Vania Vambirra. Hasta los más recientes impulsores de la descentralización en América latina: los chilenos Carlos Mattos, Sergio Boisier, el argentino Carlos de Mattos y el colombiano Gabriel Aghón.

Los intelectuales de la revolución armada fueron también diversos, pasando por Abimael Guzmán Presidente Gonzalo en Perú, hasta Camilo Torres en Colombia y Manuel Marulanda alias Tirofijo en las FARC y por los hermanos Ortega en Nicaragua.

Los intelectuales académicos en ciencias sociales y ciencia política, parten con Guillermo O'Donnell y Valenzuela; con destaque en universidades y revistas académicas norteamericanas. En Bolivia fue importante la formación en la Universidad Libre de Berlín y en La Sorbona de París respectivamente, de René Antonio Mayorga y Jorge Iazarte. Son sus máximos exponentes. Un comunicador devenido en politólogo en la FLACSO, René Zavaleta Mercado, es el otro intelectual destacado en estas ciencias.

Centros de investigación como el CERES de Cochabamba, CEBEM en La Paz y CEDURE en Santa Cruz contribuyeron al desarrollo intelectual de las ciencias sociales. Fernando Calderón, José Blanes, René Antonio Mayorga y Roberto Laserna fueron los pioneros en este emprendimiento intelectual. Luego se sumarían otras instituciones como las Fundaciones Milenio, Pazos Kanki y Jubileo. En Santa Cruz el aporte de Fernando Prado fue y es también importante.

En las ciencias jurídicas teóricos como Huáscar Cajías y el Dr. Walter Flores Torrico, defensor de Debray en el juicio de Camiri, son punto alto en esta disciplina.

En la filosofía, desde Guillermo Francovich, Ricardo Jaimes Freyre, Roberto Prudencio, hasta los contemporáneos, el conservador H.C.F. Mansilla (Mansilla & Hofmester, 2003) y el neo marxista Luis Tapia son los más notorios.

Para profundizar en esta reflexión nos podemos servir de los trabajos de Michael Löwy (Löwy, 1978). En uno de sus estudios, el sociólogo analizó el caso de Lukács y, tratando de dar respuesta a la razón de la adhesión de los intelectuales a la lucha proletaria, se preguntó: "¿por qué una parte significativa de los intelectuales se vuelve radicalmente opuesta al capitalismo y termina por adherirse al movimiento obrero y a la Weltanschauung marxista?". Para el autor, sin duda, no son las determinantes socioeconómicas las que hacen que este grupo específico, perteneciente a la burguesía, adopte el ideal popular. Utilizando las propias reflexiones de Lukács, Löwy señala que los intelectuales por su alejamiento de la producción material y sobre todo por la naturaleza misma de su categoría social (definida por su papel ideológico) son el grupo de la sociedad para el cual las ideologías y los valores tienen

la mayor importancia y el peso más decisivo. En consecuencia, nadie, más que los intelectuales, ha “tomado en serio” los principios, valores e ideales del humanismo burgués, del Renacimiento a la filosofía de las Luces y al idealismo clásico alemán. Ahora bien, como lo muestra Lukács, la burguesía se ha visto obligada, una vez en el poder, a actuar en contradicción con su propia ideología, a negar, degradar y abandonar en la práctica los valores que no había dejado de proclamar como suyos.

Esta visión la reforzaba Régis Debray (Debray, Octubre 1966) en un documento publicado por la revista Punto Final. En él escribía: “¿Qué privilegio, qué derecho tendrá de por sí el trabajador intelectual sobre el trabajador manual para apartarse de la lucha de todos los trabajadores contra la explotación? ¿Para el intelectual la eternidad celeste y para el militante comunista el sudor estéril y la fragilidad terrenal?”. Estas preguntas eran respondidas por Debray poniendo de ejemplo la experiencia de la Revolución cubana, donde “en la formación del Hombre Nuevo nadie está por encima de nadie. El obrero además de trabajar tiene en Cuba el privilegio de estudiar: el intelectual, además de estudiar tiene el privilegio de ir al trabajo productivo”.

La autoconciencia revolucionaria era un requisito fundamental para la mayoría de los intelectuales que se identificaban con el movimiento latinoamericanista, antiimperialista, antioligárquico y popular. Este movimiento tenía fronteras culturales poco definidas, lo que llevó a que los límites de lo revolucionario se establecieran más desde la política y, en particular, desde el compromiso con la lucha concreta. A partir de este compromiso del intelectual con la acción revolucionaria, se comenzaron a delinear las características que definían a un intelectual revolucionario.

Estas definición y exigencia, obviamente, tenían incorporadas la pauta de la verdad, el descubrimiento y la desmitificación. Para Fernández Retamar (Fernandez Retamar, 2006), en ese momento la tarea de un intelectual latinoamericano es descubrir y transmitir nuestra verdadera condición de países marginales, laterales, subdesarrollados.

De las palabras del poeta se puede inferir que los intelectuales eran vistos de manera similar a como los consideraba la tradición francesa: no como sujetos distanciados del pueblo o meros expertos, sino como individuos con un vínculo profundo con la realidad y las vivencias de la gente.

Dos Santos (Lozoya Lopez, 2015) recuerda: “teníamos una postura bien crítica sobre lo que estaba pasando en FLACSO. Nosotros hacíamos la crítica al funcional estructuralismo americano y ellos estaban estudiando eso como el gran avance y después sirvieron a esas fórmulas que se desarrollaron en las décadas del ochenta, noventa”. La dictadura brasileña dejó trunca la reflexión y la trasladó a Chile, donde las condiciones de desarrollo de las ciencias sociales eran equivalentes y el proceso político seguía un curso auspicioso.

La modernidad y postmodernidad ha otorgado otros campos a los intelectuales. Estos tiempos contemporáneos han permitido que los intelectuales se desempeñen en la gestión pública, la academia y la política, casi de manera simultánea. Bauman (Bauman, 1997) recoge este concepto y lo desarrolla en forma explícita y profunda.

3. CATEGORÍAS DE INTELLECTUAL

- Intelectual orgánico, el que responde a una organización social, política o religiosa, en su accionar y en su pensamiento.
- Intelectual científico, el que realiza su actividad en el ámbito de la ciencia y la tecnología, en investigación y desarrollo de métodos y técnicas de investigación y desarrollo.
- Intelectual cultural, el actúa en el ámbito de la cultura y sus artes: cine, literatura, música, teatro, escultura, arquitectura, pintura.
- Intelectual profesional, el que se desarrolla dentro de su profesión, especialmente en el sector público en los temas de su especialidad y en el ámbito privado también pero orientado al mercado.
- Intelectual ideológico, el que produce ideas fuerza, que serán las que luego se traduzcan en programas, políticas públicas y proyectos políticos, económicos y sociales.
- Intelectual académico, el que realiza su actividad en un ámbito universitario o de educación superior o técnica superior y media., en la enseñanza, la investigación, la docencia y la apertura a la sociedad.
- Intelectual militante, el que responde a un partido político y que realiza su pensamiento en el marco de esa organización.
- Intelectual progresista, el que plantea cambios permanentemente, para poder avanzar en el progreso de la sociedad y en la mayor equidad e igualdad en la sociedad.
- Intelectual conservador, el que considera que se debe mantener las estructuras como están, perfeccionándolas y trabajando sobre ellas.
- Intelectual liberal, el que considera que debe estar abierto a nuevas ideas, y que se puede compartir las mismas de manera plural.
- Intelectual religioso, el que considera que la religión es el marco matriz de pensamiento y obra.
- Intelectual indigenista/indianista, el que considera que los pueblos indígenas son el eje de las sociedades, en las cuales estos existieron preeminentemente.

La categoría de pensador es solo complementaria a la de intelectual. Con pensador nos referimos a aquel hombre de letras creador de una obra trascendente que impacta a nivel social latinoamericano y, por ende, que origina redes eidéticas por medio de su producción.

Martínez Heredia (Martínez Heredia, 2010) explica lo que entiende por pensamiento social, definición de la cual se desprende la de pensadores sociales. "El pensamiento social, como lo entiendo, está vinculado a las concepciones más generales que se

tengan de la materia social, desde los modos de emprender su conocimiento y las normas, conceptos previos y fronteras que se ponen a esos procesos intelectuales, y las pertenencias ideológicas de los implicados. Esas concepciones funcionan como claves de las comprensiones generales, grandes electores de los temas, presupuestos teóricos de los trabajos e influyentes sombras en sus conclusiones. [...] Su amplitud y alcance son determinados por sus temas y los objetivos del investigador, que a partir de sus necesidades utiliza y combina los campos y los instrumentos de conocimiento social a su alcance”, (ibid., pág. 7).

Respecto de la renovación del pensamiento, hay desde rápidas inserciones en los circuitos intelectuales, miradas nostálgicas a un pasado heroico y utópico hasta una negación de todo lo hecho como un absurdo. Fernando Mires (Mires, 2001) es un insigne representante de esta última posición.

Es imposible separar a los intelectuales y su obra de los contextos en los que se desarrollan y esto no es exclusivo de esta época, pero en este periodo esa vinculación era explícita, consciente y reivindicada. Es posible comparar este periodo con el actual, donde los académicos no resienten el peso de su época, sobre todo porque el neoliberalismo relativiza el aporte, los enfoques y los proyectos.

3.1 INTELLECTUALES BOLIVIANOS EN PERIODOS REVOLUCIONARIOS

- Nacionalismo revolucionario:
 - ◊ Carlos Montenegro
 - ◊ Augusto Céspedes
 - ◊ Augusto Cuadros Sánchez
 - ◊ René Zavaleta Mercado
 - ◊ Sergio Almaraz
 - ◊ Líber Forti
- Pre nacionalismo revolucionario
 - ◊ Tristán Marof
 - ◊ José Antonio Arze y Arze
 - ◊ Unzaga de la Vega
 - ◊ Aguirre Gainsborg/Guillermo Lora
 - ◊ Fausto Reynaga
- Revolución democrática
 - ◊ Antonio Aranibar
 - ◊ Marcelo Quiroga Santa Cruz
 - ◊ Víctor Hugo Cárdenas
- Revolución neoliberal
 - ◊ Víctor Paz Estenssoro
 - ◊ Gonzalo Sánchez de Lozada

- Insurgencia de intelectuales indígenas

- ◊ Genaro Flores
- ◊ Felipe Quispe
- ◊ Waskar Ari
- ◊ Luciano Tapia/Constantino Lima
- ◊ Félix Patzi

- Estado Plurinacional

- ◊ Álvaro García Linera
- ◊ Raúl Prada
- ◊ Luis Tapia

3.2 INTELECTUALES BOLIVIANOS EN PERÍODOS DE CRISIS

- Crisis de 1952

- ◊ Víctor Paz Estenssoro
- ◊ Ñuflo Chávez Ortíz
- ◊ Valentín Abecia

- Crisis de 1969-1971

- ◊ José Ortiz Mercado
- ◊ Mariano Baptista Gumucio
- ◊ Marcelo Quiroga SC
- ◊ Alberto Bailey Gutiérrez

- Crisis de 1982-85

- ◊ Flavio Machicado
- ◊ Equipo de paquetes económicos de la UDP: Horst Grebe, Rodolfo Sucre, Roberto Caro, Mario Galindo
- ◊ Juan Cariaga
- ◊ Jeffrey Sachs
- ◊ Ronald Mac Lean

- Reformas de segunda generación 1994-1995

- ◊ Equipo de la PP: Carlos Hugo Molina, Roberto Barbery, Mario Galindo
- ◊ Equipo de la 2da. Reforma Educativa: Enrique Ipiña Melgar, Eduardo Martínez
- ◊ Equipo de la Capitalización: Alfonso Revollo, Alejandro Mercado.
- ◊ Equipo del SNMN luego SUMI (política de Estado): Guillermo Aponte, Mario Galindo, Luis Loza.
- ◊ Equipo de reforma de pensiones (3 reformas): Helga Salinas, Alberto Bonadona, Guillermo Aponte, Jaime Durán

- Crisis de 2004-2005
 - ◊ Carlos Mesa
 - ◊ Juan del Granado
 - ◊ Álvaro García Linera
 - ◊ Carlos Villegas (Nacionalización de hidrocarburos)
 - ◊ Roberto Aguilar (Asamblea Constituyente y LASEP)
 - ◊ Carlos Romero (Asamblea Constituyente y nueva CPE)
 - ◊ Carlos Börht (Nueva CPE)
- Crisis actual
 - ◊ ¿???

4. ROL DEL INTELLECTUAL BOLIVIANO EN LA CRISIS ACTUAL. CRISIS ORGÁNICA: ECONÓMICA, POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL

- Analítico, que se inclina por analizar las coyunturas de corto, mediano y largo plazo y de sacar conclusiones de ese ejercicio intelectual.
- Prospectivo, el que realiza prospectiva, ve a futuro y mide las variables cómo se comportarán en tiempo adelante, en base a lo sucedido previamente.
- Diagnóstico, el que busca las causas y los sentidos de los hechos y las consecuencias de los mismos, para establecer la situación de un país, de la economía o de la sociedad.
- Técnico, el que reflexiona en base a criterios estrictamente relacionados a los principios de la materia que contempla.
- Intercultural, el intelectual que comparte el dialogo de culturas, para ver a través de esta visión la realidad.
- Incisivo, el que se concentra y focaliza sus análisis en uno o pocas variables de la realidad.
- Heterodoxo, el usa distintas teorías o enfoques para analizar una realidad o una materia, política pública o comportamiento económico, social o político.
- Profanador, el que no respeta reglas del análisis, trasciende métodos y combina variables y formas de dilucidar el análisis.
- Desmitificador, el que desmarca de mitos y de leyendas, el que no respeta ni siquiera principios religiosos en su análisis.
- Participativo, el que comparte con la sociedad en sus reflexiones y por ende saca conclusiones compartidas y concurrentes con la sociedad.
- Abierto, el recibe influencias diversas y las acoge de buena manera en su reflexión, actuar o análisis.
- Reflexivo, el que reflexiona cada hecho de la realidad y saca conclusiones a partir de esta reflexión.

- Histórico, el que toma en cuenta el bagaje histórico de la sociedad en la que trabaja o vive.
- Gradual en temas económicos y políticos, el que plantea soluciones y propuestas que toman tiempo en ser ejecutadas y bn es partidarios de políticas de impacto inmediato.
- Shock en temas institucionales y culturales, el considera que se debe abordar la realidad y sus problemas con cambios estructurales inmediatos y que cambien el escenario radicalmente en corto plazo.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Eduardo Devés Valdés, El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, tomo I y II, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2003.
- Wilhelm Hofmestier y H. C. F Mansilla (eds.), Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico, Rosario, Homo Sapiens, 2003, pág. 9.
- Germán Alburquerque, La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría, Santiago, Ariadna, 2011, pág. 10.
- Pablo Ponza. Intelectuales y violencia política. Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesentas-setenta. Córdoba. Babel. 2010.
- José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, Los intelectuales y las instituciones de la cultura, 2 tomos, 2a ed., México, Universidad Autónoma de México-Azcapotzalco, ANUIES, 1989.
- Enzo Traverso. La cuestión judía. Verso Libros. Madrid-España. 2023.
- Annie Krieguel. El Congreso de Tours (1920). Nacimiento del Partido Comunista Francés. París. Juilliard. 1964.
- León Trotsky. La inteligencia y el socialismo. Anticapitalistas [en línea], noviembre, 2012 [1910]. Recuperado de: [http://www.anticapitalistas.org/IMG/10\)pdf/TrotskyLaInteligenciaYElSocialismo.pdf](http://www.anticapitalistas.org/IMG/10)pdf/TrotskyLaInteligenciaYElSocialismo.pdf).
- Antonio Gramsci, Los intelectuales y la organización de la cultura, Buenos Aires, Lautaro, 1960, pág. 16.
- Eduardo Devés Valdés, Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007, pág. 1-6.
- Fernando Martínez Heredia, El ejercicio de pensar, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010, pág. 15.
- Néstor Kohan, El Che Guevara y la filosofía de la praxis, en Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder, Buenos Aires, Nuestra América, 2005.

- Jaime Massardo, Antonio Gramsci, Ernesto Guevara: dos momentos de la filosofía de la praxis, Ecuador Debate, N° 43, abril, 1998.
- Roberto Fernández Retamar. Recuerdo A. Ed. Unión. La Habana. 2006.
- José Carlos Mariátegui. 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana. Revuelta Ed. Madrid. 2021.
- Hugo Pesce; et.al. Ché Guevara. Apología de un aventurero. Colegio médico del Perú. Lima, 2013.
- Ivette Lozoya López. Theotonio Dos santos, un intelectual revolucionario. Revista Izquierdas No. 25. Santiago. 2015.
- Michael Löwy, Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929, México, Siglo XXI, 1978, pág. 7.
- Régis Debray, El intelectual militante, Punto Final, N° 13, primera quincena, octubre de 1966, pág. 21.
- Zygmunt Bauman, Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Fernando Mires. Civilidad. Teoría política de la postmodernidad. Ed. Trotta. Madrid. 2001.
- Antonio Gramsci, Antología, México, Siglo XXI, 17a ed., 2013, pág. 370.

Bibliografía adicional

- En Françoise Dosse, La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual, Valencia, Universidad de Valencia, 2007, pág. 75.
- Mara Polgovsky Ezcurra. La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico', Nuevo Mundo, Mundos Nuevos [en línea], 27 de octubre, 2010. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/60207>.
- Aníbal Ponce, Humanismo burgués y humanismo proletario: de Erasmo a Romain Rolland, Buenos Aires, Madrid, Miño y Dávila, 2001 [1938].
- Josep Picó y Juan Pecourt, Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000), Barcelona, RBA, 2013, pág. 162.
- Silvia Sigal, Intelectuales y poder en la década del sesenta, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- Julio Huasi, Gramsci y los oportunistas. Punto Final, N° 43, primera quincena, diciembre de 1967.